

ENRIQUE MENÉNDEZ PELAYO Y LA BIBLIOTECA DE SU HERMANO

MARIO CRESPO LÓPEZ
Profesor de Lengua y Literatura
Correspondiente de la
Real Academia de la Historia

RESUMEN:

Marcelino Menéndez Pelayo se sentía especialmente orgulloso de su biblioteca. Creía que era su gran obra, ya que las escritas estaban constantemente sujetas a revisión y crítica. En su afán de perfeccionismo, nunca se sintió del todo conforme con los libros que escribió. Sin embargo sí consideró su biblioteca de Santander un lugar de estudio, tranquilidad y encuentro, al que iba siempre que podía. En su creación y organización tuvo un papel preponderante su hermano menor, Enrique, que hizo de primer bibliotecario de su hermano a partir del fallecimiento de su padre, en 1899. Después de la muerte de Marcelino, en 1912, vigiló el cumplimiento del testamento de su hermano y las disposiciones sobre su legado. El epistolario de los dos hermanos informa del desarrollo de la biblioteca: de la adquisición de muchas obras, la construcción de un pabellón en el jardín de casa, el envío de libros desde Madrid, las cautelas de Marcelino por preservar sus ejemplares mejores, el intercambio de noticias bibliográficas, la visita de investigadores, las reformas y arreglos en el edificio, etc.

PALABRAS CLAVE:

Biblioteca. Epistolario. Marcelino Menéndez Pelayo. Enrique Menéndez Pelayo. Miguel Artigas.

ABSTRACT:

Marcelino Menéndez Pelayo was particularly proud of his library. He used to think about it as his greatest work, since his written works were constantly under revision and subject to critique. Since he was a perfectionist he never felt completely satisfied with the books he wrote. Nevertheless he considered his library in Santander as a place of study and peacefulness where he could meet other authors and scholars. He used to visit it whenever he was able to. His younger brother Enrique played a key role in the creation and organization of the library and he was the first librarian since their father's death in 1899. After Marcelino passed away in 1912 Enrique ensured that his brother's will and the dispositions towards his legacy were complied with. The correspondence between the two brothers talks about the development of the library that is the acquisition of works, the construction of a pavilion in the house's garden, the remittance of books from Madrid, the caution showed by Marcelino to preserve the best works from the library, the interchange of bibliographic research news, the visits of different scholars and reforms or maintenance of the building.

KEY WORDS:

Biblioteca. Epistolary. Marcelino Menéndez Pelayo. Enrique Menéndez Pelayo. Miguel Artigas.

Resulta llamativo que de una personalidad como Marcelino Menéndez Pelayo, teniendo ya publicado en veintitrés volúmenes su epistolario con más de quince mil cartas, no exista una biografía completa, que actualice las semblanzas y demás acercamientos biográficos hasta ahora disponibles y utilice las fuentes que ya están publicadas. Es de esperar que este centenario, con iniciativas como este monográfico en el que me honro de participar, aporte nuevas luces en nuestro conocimiento del humanista santanderino.

No es extraño que en la vasta bibliografía sobre Menéndez Pelayo despenen las obras de quienes fueron directores de su biblioteca: Miguel Artigas, José María de Cossío, Enrique Sánchez Reyes, Ignacio Aguilera Santiago, Manuel Revuelta Sañudo y Xavier Agenjo Bullón. Estos facultativos han promovido iniciativas para la divulgación de su vida y obra, bien con obras de historiografía o bien con trabajos de indagación bibliográfica en su biblioteca. La culminación de este constante quehacer, casi secular, es sin duda la presencia en formato eBook de las obras completas de Menéndez Pelayo, promovidas por el director de proyectos de la Fundación Larramendi, Xavier Agenjo.

Si aún resulta lamentable que la biblioteca de don Marcelino no esté disponible en internet, ámbito ya imprescindible en la búsqueda informativa y la preservación documental, hay que contar lo que ya sabemos de la biblioteca en su relación con su propio artífice: a las monografías existentes hay que añadir la riqueza de los epistolarios que se van publicando, tanto del propio Marcelino como de algunos visitantes de la biblioteca. De la obra que más orgulloso se sentía Menéndez Pelayo, al parecer, era la biblioteca que fue recopilando desde niño, por lo que resulta un aspecto notable de estudio, que repercute tanto en sus intereses bibliográficos e investigadores como en su ámbito de relaciones sociales. El epistolario publicado por la Fundación Universitaria Española resulta de indudable interés aquí, máxime si se completa con el epistolario de su hermano Enrique, conservado en la propia biblioteca.

Enrique Menéndez Pelayo era médico titulado, aunque carente de vocación por la Medicina. Desde que abandonara la práctica médica en 1885, se dedicó a la literatura, especialmente a la poesía, los cuadros de estilo modernista y los artículos de prensa. No es el momento de referir su obra literaria, que este mismo año 2012 va a salir publicada en una edición bastante completa. Lo que interesa especialmente es que se dedicó a la salvaguarda y catalogación de la colección bibliográfica de su hermano, al que admiraba más que a ninguna otra persona. Marcelino vivía habitualmente en Madrid. En las vacaciones de Navidad y verano iba a su casa de Santander, donde tenía la mayor parte de su biblioteca personal, cada vez más grande, hasta llegar a más de cuarenta mil volúmenes. Después del fallecimiento de su padre en

1899, Enrique se convirtió en el único bibliotecario de los copiosos fondos de su hermano Marcelino. Fue una suerte para este contar con quien guardaba celoso la intimidad del erudito y su auténtico tesoro, con sumo cuidado pero sin los intereses de quien trabajara también en las mismas cosas que Marcelino. Enrique afirmó en sus *Memorias de uno a quien no sucedió nada* que Marcelino «no se fiaba en el mundo más que de mí, y esto, según pienso, más que por mi condición de hermano, por la de *abibliófilo*»¹. La biblioteca era para Enrique un espacio por organizar pero también el escenario de sus lecturas privadas con su hermano y el lugar para los silencios y las confidencias². Fallecido su hermano, Enrique cuidó la organización y construcción de su biblioteca, fue esforzado escrutador de la correspondencia de Marcelino (hasta límites que, por cierto, nunca conoceremos del todo) y se ocupó de su legado editorial en las *Obras Completas* de Victoriano Suárez y en las compilaciones de diversos antólogos.

Señalaré a continuación algunos aspectos de la relación de Enrique con la biblioteca de Marcelino, a través de su epistolario.

Construcción y acondicionamiento de la biblioteca

Hacia 1884 la biblioteca de Marcelino planteaba ya un problema muy serio de espacio en la casa familiar de la calle Gravina: el padre, entre los meses de marzo y septiembre, había realizado, tras solicitar la pertinente licencia municipal el 21 de marzo, las obras para ampliar la biblioteca en un nuevo pabellón de una planta, en el jardín de su casa, que sería la primera gran reforma de las varias que se realizarían debido a la necesidad de espacio de sus libros. La licencia reza lo siguiente:

En sesión que celebró este Excmo. Ayuntamiento el día 28 del mes próximo pasado, vista la petición de V. para construir un pabellón en el interior de su finca emplazada en la Calle de Gravina, le autorizo para llevar a cabo el proyecto, puesto que no ha de ofrecer obstáculo en su día a la prolongación de la Calle de Magallanes, y siempre que al ejecu-

¹ Enrique Menéndez Pelayo, 1983 (1922), pág. 133. Utilizo la reedición de Estvdio (colección Cabo Menor, 8), Santander, 1983, aunque la primera edición de las *Memorias de uno a quien no sucedió nada* (Santander, 1922), con su entrañable tosquedad, es aún relativamente fácil de encontrar en librerías de viejo. Sobre la organización de la biblioteca, apunta Enrique Sánchez Reyes, 1957, pág. 26, que «Enrique Menéndez Pelayo había llenado unas pocas fichas, como bibliotecario de su hermano, siguiendo las instrucciones de éste; pero la gran labor estaba en sus comienzos y nadie daba prisa para proseguirla, pues mientras estuviera presente el dueño de aquellos ricos tesoros bibliográficos él [Marcelino] era el mejor catálogo para cualquier estudioso».

² Vid. al respecto su artículo «Cavilaciones. En la biblioteca», *El Atlántico*, 7 noviembre 1887.

tar la obra se atempere al plano que presenta acompañando la exposición, por estar conforme con las prescripciones de las ordenanzas Municipales, en sus alturas y que á la vez favorece el ornato público.

Lo que comunico a V. para su conocimiento, y para que pueda ejecutar la obra que proyecta, satisfaciendo catorce pesetas en concepto de arbitrios, con arreglo a la tarifa establecida, por siete metros que tiene de línea la planta a construir ³.

La construcción de un pabellón específico para sus libros fue motivo de gran alegría para Marcelino, que escribiría a Gumersindo Laverde avanzándole incluso una previsión sobre la cantidad de libros que podía albergar: «No sé si te he dicho que en el jardín de mi casa de Santander he hecho un pabellón para Biblioteca, capaz no sólo de los ocho mil volúmenes que tengo ahora, sino de 25 ó 30.000, si llega el caso. La obra ha quedado muy a mi gusto, y es una novedad en España»⁴. El verano siguiente apuntaba en otra carta al profesor asturiano: «Ya tengo colocados todos mis libros en la biblioteca que he hecho en el jardín de esta casa, donde hay todo el fresco y todo el reposo necesarios para trabajar. Tengo ya cerca de 8.000 volúmenes»⁵.

Esta cantidad en seguida se volvió a quedar pequeña, hasta el punto de que Marcelino Menéndez Pintado tuvo que ampliar el pabellón en 1892, en una obra que costó más de dieciséis mil pesetas, con diseño del arquitecto municipal Atilano Rodríguez⁶. El verano siguiente, como siempre, lo pasó Marcelino en Santander. Resulta interesante este fragmento epistolar a Juan Valera: «Aquí me tiene Vd. ocupado en dos principales tareas: la de colocar todos mis libros en el nuevo local que para ellos he hecho emulando las magnificencias de Cánovas»⁷.

Años más tarde, en 1901, fallecido ya el cabeza de familia, fue necesario acometer otra obra por valor de mil doscientas pesetas: era imprescindible la pintura de las fachadas, más algunas restauraciones previas de albañilería y carpintería⁸. En la temporada más cruenta de lluvias y vientos, Enrique se preocupaba de que no aparecieran goteras y de que, en cualquier caso, sus efectos en la pared de la sala de la biblioteca o del despacho fuesen los mínimos y rápidamente subsanados. En abril de 1904 pidió presupuesto a un pintor para arreglar la fachada⁹; se lo mandó a su hermano pocos días más tarde:

³ *Epistolario General* [en adelante, EG] VI, 303, Santander, 2 abril 1884.

⁴ EG VI, 469, Madrid, 11 noviembre 1884.

⁵ EG VII, 286, Santander, 27 julio 1885.

⁶ Enrique Sánchez Reyes, 1957, pág. 10; Benito Madariaga, 1983, pág. 23. La licencia municipal para la obra se concede el 17 de marzo de 1892.

⁷ EG XII, 378, Santander, 27 julio 1893.

⁸ EG XVI, 123, Enrique [en adelante, E.] a Marcelino [en adelante, M.], Santander, 15 mayo 1901.

⁹ EG XVII, 402, E. a M., Santander, 8 abril 1904.

Adjunto te envío el presupuesto de la obra de pintura de la Biblioteca. Es del mismo pintor que hizo hace pocos años la obra de la casa, y me le recomendó Pereda como hombre de toda confianza, por lo cual creo que no habrá puesto nada de más. Tú verás si te encuentras en disposición de hacer en seguida la obra, lo cual sería muy conveniente por lo favorable de la estación. Pero claro está que no se puede emprender sin contar antes con los miserables cuartos, pues tú sabes que la madre no puede adelantarlos, pues apenas alcanza a las necesidades de la casa la renta trimestral. Detalles *feos* a que hay que descender en la vida ¹⁰.

Al final se decidió pintar, por unas quinientas pesetas, sólo la fachada oeste, que da a la calle Gravina, la más castigada por los vendavales¹¹.

Al año siguiente se acometió otra reforma necesaria: el arreglo de la puerta del jardín de la biblioteca, «que estaba toda oxidada y de la cual arrancaron los chiquillos un pedazo, cuyo hueco daba paso a uno de ellos. La hice en seguida quitar por los herreros, y cerrarlo con tablas, mientras se compone la puerta, a la que ha habido que echar muchos trozos nuevos. La compostura será algo cara; pero era indispensable como ves»¹². Los vendavales otoñales habían producido, además, un desconchado en la fachada, del que derivaron nuevas goteras y humedades en la biblioteca. Enrique trató de remediarlo lo más pronto y eficazmente posible; muy bien comprendía, sin duda, la importancia que para su hermano tenía la conservación de sus libros¹³.

Otros trabajos que llevaba a cabo Enrique en la biblioteca tenían que ver con el mobiliario, por ejemplo la instalación de una nueva librería de madera en 1906. Cuatro años más tarde, se colocaron cuatro armarios¹⁴ y se levantó el tejado con el fin de darle mayor desnivel y así impedir, en lo posible, las goteras¹⁵. Por otro lado, en noviembre de 1910 estaba Marcelino tratando el tema del seguro de la biblioteca, asunto que parecía complicado por la importancia de la cosa asegurada y la necesidad de presentar un inventario detallado de todos los bienes¹⁶. Enrique había ins-

¹⁰ EG XVII, 412, E. a M., Santander, 16 abril 1904.

¹¹ EG XVII, 429, E. a M., Santander, 2 mayo 1904; EG XVII, 445, E. a M., Santander, 14 mayo 1904. Herencia secular de las condiciones climatológicas, sigue sin solucionarse el problema del agua en las fachadas de poniente.

¹² EG XVIII, 295, E. a M., Santander, 16 junio 1905.

¹³ EG XVIII, 569, E. a M., Santander, 17 noviembre 1905; EG XVIII, 576, E. a M., Santander, 26 noviembre 1905; EG XVIII, 583, E. a M., Santander, 3 diciembre 1905; EG XVIII, 686, E. a M., Santander, 16 febrero 1906.

¹⁴ EG XX, 804, E. a M., Santander, 3 abril 1910.

¹⁵ EG XX, 834, E. a M., Santander, 19 abril 1910.

¹⁶ EG XXI, 263, M. a E., Madrid, 6 noviembre 1910.

talado una nueva estufa en el despacho, del tipo salamandra, que no era necesario cargar más de una vez al día¹⁷; para Marcelino, como siempre, lo principal era que en su instalación no hubieran sufrido ningún desperfecto sus papeles¹⁸. Pero, a esas alturas, Enrique intentaba tranquilizar a Marcelino: en Santander le esperaba «la biblioteca compuesta y limpia como una novia, fresca la glorieta, y un *beef-steak* sobre la mesa»¹⁹.

Lugar de encuentro

La biblioteca fue, antes de ser una entidad oficial, un lugar de encuentro. Ya en agosto de 1882 Antonio Rubió, íntimo de Marcelino desde su época de estudiantes en Barcelona, le escribía: «Mucho gusto tendría en conocer tu biblioteca y mayor aún en pasar algún rato en tu compañía y visitar tu querida montaña»²⁰. La biblioteca del santanderino era, pues, motivo de orgullo, desde que la empezara con aquel catálogo inicial que compuso con apenas doce años. La presencia de Marcelino en las vacaciones de verano y Navidad concitaba en la biblioteca a amigos y escritores. No hacía falta que estuviera Marcelino, no obstante, para atender a los investigadores y curiosos que querían conocer la biblioteca o consultar algún libro. Cuando en 1901 Ramón Menéndez Pidal fue elegido académico de la Lengua, Enrique Menéndez se alegró con motivo, ya que desde hacía varios años era visitante asiduo de la biblioteca. Enrique atendía visitas, como en 1903 las de Joaquina de la Pezuela, por ejemplo, en sus traslados al palacio familiar de San Pantaleón de Aras, o Alberto Gómez Izquierdo, sacerdote aragonés que le regaló su *Historia de la filosofía del siglo XIX*. Al año siguiente, apareció por allí Adolfo Herrera, autor del libro *Medallas de proclamaciones y juras de los Reyes*, «un hombre muy simpático y culto, aunque algo aventado», a quien Enrique enseñó la biblioteca, escuchó su charla incansable y le acompañó incluso a visitar la cueva de Altamira²¹. Por el mes de julio de 1908 Carmelo de Echegaray estaba en la biblioteca y Enrique le leyó fragmentos de su novela *El idilio de Robleda*, que publicaría al año siguiente²².

¹⁷ EG XXI, 292, E. a M., Santander, 26 noviembre 1910.

¹⁸ EG XXI, 310, M. a E., Madrid, 5 diciembre 1910.

¹⁹ EG XXI, 63, E. a M., Santander, 26 junio 1910.

²⁰ EG V, 337, San Baudilio del Llobregat, 2 agosto 1882.

²¹ EG XVII, 479, E. a M., Santander, 2 junio 1904; EG XVII, 495, M. a E., Madrid, 11 junio 1904. Creo que se trata de una mención temprana de las visitas a Altamira, aparte de las referencias de los prehistoriadores contemporáneos.

²² *Cartas de los albaceas de Marcelino Menéndez Pelayo dirigidas a su hermano Enrique* [en adelante, CAMP], 97, de Carmelo de Echegaray, Guernica, 14 julio 1908, pág. 109: «Me parece que forma-

Trabajos de Enrique Menéndez

El epistolario entre los hermanos Menéndez Pelayo es rico en notas sobre los trabajos que Enrique acometía o pretendía acometer en la biblioteca, referidos a la organización de sus fondos. Esta organización sólo se terminaría, en su mayor parte, en época del primer director «oficial» de la biblioteca, Miguel Artigas. Enrique, inconstante y dado a la melancolía, estaba especialmente interesado en el fondo literario español, que seguramente fue el primero que quiso organizar, en unión con su padre, Marcelino Menéndez Pintado, catedrático del instituto local. Después de la muerte de este en 1899, su hermano mayor le daría un dinero a cambio de este trabajo que, naturalmente, no terminaría nunca, entre sus ociosidades y el aumento constante de fondos bibliográficos²³.

En otoño de 1890 Enrique casó con Eladia Echarte Maza. Seguían viviendo en la casa familiar, al cuidado de la madre, Josefa Pelayo. Marcelino habló expresamente a su joven cuñada sobre la salud de Enrique y la conveniencia de que se distrajera trabajando en la organización de la creciente biblioteca: «He emprendido de nuevo la ardua labor del catálogo, al cual me empuja mi mujer a cada paso, celosa de cumplir el encargo que la hiciste»²⁴, le escribió Enrique. Sin embargo, Eladia murió apenas tres meses después de la boda, hecho que sumió a Enrique en una honda depresión y sin duda hubo de ralentizar cualquier tipo de pretensión organizativa.

El epistolario muestra el intercambio de noticias bibliográficas entre los hermanos. Marcelino le solicitaba con frecuencia datos de los libros que tenía en Santander. Así, en 1891, pidió a Enrique un par de ejemplares de notable rareza bibliográfica del ilegible poema *El Recíproco Sin y Con de Dios para con los Hombres*, del obispo Menéndez de Luarca, «tan ilustre y memorable prelado como pésimo poeta». Los quería Marcelino para corresponder a dos bibliófilos sevillanos que habían sido más de una vez generosos con él, el marqués de Jerez y su hermano el Duque de T'Serclaes²⁵. En marzo de 1893 Marcelino le escribía con instruc-

rá parte de él cierto retrato, gallardamente trazado, que me leyó V. hace cosa de un año en esa espléndida Biblioteca de tan gratos recuerdos para mí». Sobre su estancia en la biblioteca, también *Cartas a D. Serapio Múgica*..., 1987, Carmelo de Echegaray, Santander 5, 7 y 9 julio 1907, pág. 209-212.

²³ Así consta en una carta posterior, EG XV, 651, M. a E., Madrid, 11 mayo 1900: «A principios del mes que viene te mandaré el *sueldo* de bibliotecario. Este mes, nada me sobra por el gran quebranto económico que me produjo la compra de los libros de Sancho Rayón». La respuesta, en EG XV, 660, de E. a M., Santander, 18 mayo 1900: «Quedo enterado de lo que contestas a mi *sablazo*, y te mando anticipadas gracias». Hacia 1886 no tenía mucho sentido ningún «sueldo» porque ya lo tenía Enrique como médico.

²⁴ EG X, 653, E. a M., Santander, 28 noviembre 1890.

²⁵ EG XI, 169, M. a E., Madrid, 11 mayo 1891; EG XI, 190, M. a E., Madrid, 19 mayo 1891.

ciones muy puntuales sobre la biblioteca. Le pedía, lo primero, que encontrara cuanto antes el tomo *Poetas puertorriqueños* que le hacía falta para seguir con su *Antología de la poesía hispanoamericana*, que tenía parada a la espera del hallazgo. Además le hacía otra petición que tenía que ver con una diferencia esencial en la concepción bibliográfica de ambos hermanos, y es que Marcelino era verdaderamente un bibliófilo y Enrique no:

De paso te agradeceré que hagas una visita a los libros en folio que colocaste en el último rincón de la sección de Historia confinando con la de Bibliografía: rincón que yo tenía condenado por haberse manifestado allí la humedad con caracteres alarmantes. Y no me haría gracia que fueran víctima de ella libros de trabajo tan importantes como los *Anales* de Zurita, y preciosidades bibliográficas como la *Crónica* catalana de Carbonell, que me costó 40 duros, cuando tenía todavía menos dinero que ahora, o *Las cuatro partes de la crónica general de España* de don Alfonso el Sabio, que me costaron 25 duros. Lo mejor que puedes hacer es sacar esos libros de ahí, y ponerlos sobre una mesa o en cualquier parte. Los que no sois bibliófilos no comprendéis las angustias que padece el verdadero aficionado cuando ve mezcladas estas joyas con esos libros que *el vulgo* puede comprar en cualquiera librería por tres o cuatro duros ²⁶.

No tardó Enrique en contestar. El libro, en efecto, había aparecido y se lo llevaría a Madrid personalmente Alfonso Ortiz de la Torre, pero enmendaba a su hermano:

No ha sido mal milagro que haya parecido, pues ni estaba en la mesa, ni en sus cercanías, ni, por fin, dice en la tapa *Poetas puerto-riqueños*, sino *Antología poética de Puerto-Rico*. No dudo de que el hallado es el buscado, pues que coincide en todas las demás señas: encuadernación verde con letras de oro, tomo manuscrito, con biografías de los poetas, en cuarto pequeño, etc., etc.

Sobre la segunda petición de Marcelino, le contestó:

He hecho larga visita y minuciosa inspección, a aquellos eminentes varones que habitan la parte baja de la sección histórica, y te diré que están sanos y gordos como nunca se vieron, lo mismo mi señor don Alfonso el Sabio que Zurita el de los *Anales* y todos sus adláteres. Cierto es que alguna vez fue aquello húmedo y peligroso; pero reconstruido el muro, en que ahora se apoyan, este invierno para evitar aquel mal, se ha evitado en efecto. No temas, pues, seguro de que muy a menudo los observaré como hago con todo el salón de vez en cuando ²⁷.

²⁶ EG XII, 247, de M. a E., Madrid, 14 marzo 1893.

²⁷ EG XII, 257, E. a M., Santander, 19 marzo 1893.

Aquel año 1893, en concreto el 3 de noviembre, sucedió la trágica explosión del buque «Cabo Machichaco» en los muelles santanderinos, que produjo cientos de muertos y cuantiosos desperfectos en la ciudad. Enrique se apresuró a escribir a su hermano en cuanto pudo para tranquilizarle:

La explosión me cogió a mí camino del Hospital, cerca ya de él, y a nuestros padres en casa, donde no hubo más desperfectos que la rotura de cristales, común a todas las casas de la ciudad, y un trozo de hierro que atravesó el tejado de la nueva biblioteca. Nada padeció libro ninguno, pues fue en el centro del salón. A estas horas se halla todo compuesto ²⁸.

Los datos sobre la catalogación continuaron años más tarde, como en 1901 con la parte hemerográfica:

El catálogo avanza incesantemente, aunque en esta sección de los periódicos no se puede correr. Ya hace días que me entré por ella, y a la hora presente estoy liado con *El Semanario Murciano*. No respondo de que hayan salido bien todas las papeletas; pero la que no te satisfaga, se rehace este verano y en paz. No sé dónde podrá estar escondido el *Mor de Fuentes*, pues no me ha dado por la mano a pesar de haber catalogado toda la sección antes de comenzar con los periódicos ²⁹.

En abril de ese año continuaba Enrique la organización de la prensa: «Aquí me tienes liado con *El laberinto*, *Periódico universal*, cuyo índice de cosas importantes me encuentro ya hecho por ti. Hay una novela del tío Baldomero, a la cual no seré yo quien meta el diente»³⁰. También se encargaba de la recepción de libros, como los enviados por Carmelo de Echegaray, otro asiduo de la biblioteca³¹; un ejemplar procedente de Londres que, según Enrique, le habría tenido que costar «uno y la yema del otro»³²; ejemplares del fondo de Acosta³³; o una donación hecha por Andrés Pellón en la que figuraban libros de Trueba y Cosío³⁴. En 1903 el catálogo ya esta-

²⁸ EG XII, 444, E. a M., Santander, 8 noviembre 1893. En marzo del año siguiente se produciría una nueva explosión de los restos del buque, también con trágicas consecuencias.

²⁹ EG XVI, 20, E. a M., Santander, 15 marzo 1901.

³⁰ EG XVI, 92, E. a M., Santander, 21 abril 1901:

³¹ EG XVI, 605, de Carmelo de Echegaray, San Sebastián, 20 octubre 1902: «Tengo ya preparada una caja de libros para usted. Aguardo a completarla con algunos otros para mandarla facturada a su hermano Enrique. Remitiré a V. relación de las obras que vayan con destino a su biblioteca».

³² EG XVII, 20, E. a M., Santander, 17 junio 1903.

³³ EG XVII, 670, E a M., Santander, 10 noviembre 1904.

³⁴ EG XIX, 146, de Marcelino Menéndez Pelayo a Andrés A. Pellón, Madrid, 18 abril 1907: «Vd. sabe la afición que les tengo y el cuidado con que los conservo para estudio propio y de los aficionados a

ba muy diversificado en clásicos griegos y latinos, autores franceses e italianos del segundo piso, comedias antiguas castellanas, revistas...³⁵:

De firme se ha luchado con libros y cuartillas por aquel capitán famoso a quien siempre acompañó la victoria, honra de la patria, blasón de la Montaña y prez de la casa. Aún quedan esparcidos por uno y otro lado despojos de las últimas batallas, los cuales voy recogiendo y apartando para dejar limpia la tela para el próximo combate, que será, Dios mediante, Navidad. Todos valemos para algo y yo dejo esta mesa que da gusto verla. Pongo en orden lo útil, cuartillas y pliegos en blanco, y destruyo lo que ya ha servido³⁶.

Marcelino, que había sido reelegido senador, tenía en mente otro proyecto sobre sus cuantiosos papeles:

Me propongo empezar este verano el arreglo del Archivo, cosa facilísima reuniendo por orden alfabético las cartas que merezcan conservarse, y agrupando en otros legajos, por orden de materias, los demás papeles. Para esto necesito 30 carpetas, 24 con las letras del alfabeto, y las demás sin indicación alguna. Supongo que ahí podrán hacerlas, puesto que se usan en todas las oficinas y casas de comercio, pero si no puede ser, las mandaré yo hacer aquí, y las mandaré dentro de una de las cajas ³⁷.

Ante una consulta que le hicieron desde el obispado, Enrique planteó la posibilidad de prestar un tomo de la *España sagrada*, lo que obligó a una rápida respuesta de Marcelino:

Sería para mí grave disgusto al ver descabalada, aunque fuese temporalmente, una obra que para mí es de diaria consulta, y que en el estado de integridad en que yo tengo mi ejemplar, vale más de 50 duros. ¡Nada de préstamos de libros, por Dios, y sobre todo nada de préstamos de tomos sueltos! Así se hacen polvo las mejores bibliotecas. Ya com-

las letras. Como insignificante recuerdo y testimonio de agradecimiento envío a Vd. un retrato mío con dedicatoria, el último y más parecido que tengo».

³⁵ EG XVI, 808, E. a M., Santander, 24 abril 1903.

³⁶ «En la biblioteca», *El Diario Montañés*, 24 octubre 1903.

³⁷ EG XVI, 842, M. a E., Madrid, 17 mayo 1903. Sobre este material, EG XVI, 848, Enrique a Marcelino, Santander, 22 mayo 1903: «Adquiriré las carpetas que me encargas y que he visto y examinado en varias tiendas. No tienen letras, pero se las pondrán. Las veinticuatro destinadas a cartas supongo desde luego que serán en cuarto; dime si las otras han de tener el mismo tamaño, o ser en folio. Son *arregladas*, como dicen las mujeres: a 40 céntimos».

prenderás que el deseo de evitar este peligro, que me tiene inquieto desde que recibí tu carta, es el principal motivo que me ha obligado a emborronar tanto papel. Por lo demás Pedraja les podrá dar más y mejores noticias que yo; y cosa de la Montaña que en su librería no esté, no estará en ningún lado ³⁸.

La biblioteca inspiró a Enrique cierta bibliografía que considero poco conocida o consultada. El 7 de noviembre de 1887 trataba de adelantarse a la pregunta del lector: ¿Por qué no se alimenta el propio Enrique de todas esas lecturas? Y respondía:

¿Qué por qué no como, teniendo delante tan colmada y bien provista mesa? Pues, más o menos cerca, la mesa todos la tenemos delante. ¿Por qué no comen ustedes? ¡Por lo mismo que yo! Los aires que corren son de vagancia, y los hombres en su navegación por la vida tienen que ir siempre del lado de que sopla el viento [...] Me fortalece y consuela al cabo la idea del respeto que les tengo. Aún está más abajo que yo quien desprecia los libros. Yo al menos, mientras llega el que los lee y los entiende, se los limpio y arreglo, los clasifico y catalogo, y se los defiendo, no sólo de manos osadas, sino hasta de visitas impertinentes... Tengo yo para mí que no han de poder ellos ver en calma que un majadero se les atreva ni aún con la vista y les ande delectando los lomos y haciendo ocasión de mofa su humilde arreo o su vetusto semblante. Y con esto abrigo yo mi esperancilla de que, agradecidos al cabo a tanto cuidado y solicitud, me paguen un día la limosna de un poco de su ciencia sin necesidad de abrirlos ³⁹.

Tras la muerte de Marcelino

Después del fallecimiento de Marcelino, Enrique se convirtió en heredero y custodio de sus derechos bibliográficos. Algunos investigadores, con una sensibilidad discutible, se apresuraron con distintos argumentos a pedirle a Enrique documentos que tenía en su poder Marcelino. El 23 de mayo Enrique envió, por mediación de Gonzalo Cedrún y Adolfo Bonilla, unos papeles que le había reclamado Eugenio Mele sobre Diego Hurtado de Mendoza⁴⁰; también devolvió otros a Luis Valdés, sobrino de

³⁸ EG XVII, 520, M. a E., Madrid, ¿junio 1904? Se refiere en esta carta Marcelino al bibliófilo Eduardo de la Pedraja.

³⁹ «Cavilaciones. En la biblioteca», *El Atlántico*, 7 noviembre 1887. En el número especial de la revista *Ateneo*, de Madrid, dedicado a Marcelino, se incluyó un artículo de José María Quintanilla sobre la biblioteca del polígrafo: «Algunos datos sobre la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», *Ateneo*, año I, n° XI (noviembre 1906), págs. 459-461.

⁴⁰ *Epistolario de Enrique Menéndez Pelayo* [en adelante, EEMP], de Eugenio Mele, Nápoles, 19 junio 1912.

Aureliano Fernández-Guerra⁴¹. En realidad, con mucho gusto les hubiera dado toda su biblioteca a cambio de su hermano... Parafraseando a Gerardo Diego, el poeta se rasuró la barba y consoló su pena frecuentando el trato de algunos amigos.

En mayo de 1914 estaba en Madrid y visitó a Concha Espina. El objetivo de su viaje era reunirse además con otros amigos y tratar de estimular en lo posible el expediente relacionado con la provisión de la plaza de director para la Biblioteca⁴². El 11 de agosto firmó el ministro Francisco Bergamín García el Real Decreto sancionando el testamento de Menéndez Pelayo y dictando normas para su aplicación⁴³. El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes convocó en 1915 las oposiciones para bibliotecario por Real Orden de 22 de febrero y el 8 de abril se iniciaron los exámenes⁴⁴. Apenas una semana más tarde, Gonzalo Cedrún de la Pedraja, que había sido uno de los íntimos de Marcelino, informaba a Enrique de quién iba a ser finalmente propuesto:

Tengo motivos para suponer (aunque te lo digo con reserva) que el propuesto será el señor Artigas, que ha demostrado vastos conocimientos bibliográficos y lingüísticos hasta el punto de que Bonilla me decía ayer que, si es ese él se lleva la plaza, la Biblioteca de Santander tendrá un bibliotecario como hay pocos. Además de sus conocimientos teóricos, los tiene prácticos, pues ha visitado las bibliotecas de Berlín, Munich y otras ciudades extranjeras, y publicado un trabajo sobre la organización de estos establecimientos en Alemania ⁴⁵.

El 14 de mayo se hicieron públicos los resultados y, con ellos, el nombramiento de Miguel Artigas⁴⁶. La progresiva ceguera de Enrique y el exceso de materiales,

⁴¹ EEMP, de Francisco Rodríguez Marín, Madrid, 6 junio 1912.

⁴² CAMP, 119, de Carmelo de Echegaray, Villafranca (Guipúzcoa), 18 mayo 1914, pág. 153.

⁴³ CAMP, 52, de Gonzalo Cedrún de la Pedraja, Madrid, 6 febrero 1913, pág. 66 y n. 111. Sobre ello, entre otras cartas, CAMP, 66, de Gonzalo Cedrún de la Pedraja, Madrid, 21 noviembre 1913, págs. 78-79. Vid. también Enrique Sánchez Reyes, 1957, pág. 18-21.

⁴⁴ CAMP, 77, de Gonzalo Cedrún de la Pedraja, Madrid, 17 febrero 1915, pág. 86, n. 137-138; CAMP, 125, Carmelo de Echegaray, Guernica, 5 marzo 1915, pág. 168, n. 253. También Enrique Sánchez Reyes, 1957, págs. 21-23.

⁴⁵ CAMP, 82, de Gonzalo Cedrún de la Pedraja, Madrid, 15 abril 1915, pág. 91.

⁴⁶ Enrique Sánchez Reyes, 1957, pág. 23-26. Miguel Artigas Ferrando (Bielsa, Teruel, 1887-Madrid, 1947) fue primer director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo (1916-1930) y premio Nacional de Literatura por *Semblanza de Góngora* (1927). Durante su estancia en Santander fundó la Sociedad de Menéndez Pelayo (1918), que creó el *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* (1919), y los Cursos de Verano para Extranjeros (1925), además de formar parte activa de entidades como el Ateneo de Santander. En la BMP se conserva una obra de Artigas dedicada a Enrique, *Un nuevo poema por la cuaderna vía (Libro de miseria de omne)*.

además de la confianza depositada por Marcelino en sus albaceas testamentarios, justificaron la ayuda de los amigos en la organización del ingente archivo. Enrique y varios de ellos, como Eduardo de Huidobro⁴⁷ y Carmelo de Echegaray⁴⁸, revisaron el epistolario de Marcelino. Antonio Rubió entregaría a Ortiz de la Torre su correspondencia «después de haber retirado de él toda aquella parte que tenía un carácter demasiado personal y reservado»⁴⁹. En estas gestiones intervino también Francisco de Laiglesia, que le dio una idea que acabaría realizándose, «destinar una parte de los fondos a consolidar la biblioteca para que sea un edificio permanente y el resto para construir en el jardín enfrente de ella una estatua de bronce o piedra de Marcelino mirando a su obra, pero sin figuras alegóricas, adornos ni nada que altere la grandeza del personaje que se debe reproducir con la mayor exactitud»⁵⁰.

Para Enrique la biblioteca de su hermano era una de sus máximas preocupaciones, aunque todo se había tranquilizado desde que había sido designado un bibliotecario oficial. La relación con Miguel Artigas fue estrecha. Téngase en cuenta que Enrique era el gran conocedor de la biblioteca en su particular evolución, tal y como la fue creando su hermano. El 22 de enero de 1916 Artigas dictó en el Ateneo una conferencia sobre «La Biblioteca Menéndez y Pelayo» y la dedicó expresamente a Enrique⁵¹. Uno de los colaboradores de Artigas en la organización de la Biblioteca fue Pedro Sainz Rodríguez, encargado por Bonilla, discípulo y albacea de Menéndez Pelayo, para supervisar la instalación de la biblioteca⁵². El mismo Sainz Rodríguez contó su encuentro con Enrique:

⁴⁷ EEMP, de Eduardo de Huidobro y Ortiz de la Torre, 22 enero 1917. En EEMP, 309, de Eduardo de Huidobro y Ortiz de la Torre, Santander, 17 abril 1917: «Del cajón de las cartas me queda todavía sin revisar como una tercera parte. Verdad es que empleo mi cometido a conciencia, y lo leo absolutamente todo, y vienen a veces recortes que contienen una serie de artículos periodísticos, y cartas muy extensas y de letra apretada, que llevan mucho tiempo y no dejan que luzca el trabajo dentro de la caja».

⁴⁸ *Cartas a D. Serapio Múgica...*, 1987, Carmelo de Echegaray, Santander 17 septiembre 1915, pág. 444: «Estoy con Enrique Menéndez Pelayo revisando las cartas que en el curso de su vida escribió su glorioso hermano».

⁴⁹ EEMP, de Antonio Rubió y Lluch, San Boy de Llobregat (Barcelona), 25 octubre 1918.

⁵⁰ CAMP, 159, de Francisco de Laiglesia, Madrid, 7 abril 1915, pág. 208. Se aproxima además a un presupuesto de doce a quince mil pesetas.

⁵¹ *La Biblioteca Menéndez y Pelayo. Conferencia leída por su bibliotecario Miguel Artigas y Ferrando el día 22 de enero del curso de 1915-1916 en el Ateneo de Santander que acordó publicarla a sus expensas*, Santander, Impág., Lit. y Enc. Vda. De F. Fons, 1916.

⁵² Pedro Sainz Rodríguez, 1978, págs. 163-164: «Me hice muy amigo del bibliotecario designado, que era Miguel Artigas. Él y yo fuimos los primeros que vimos y manoseamos, ordenamos y catalogamos los papeles que había dejado don Marcelino, muy revueltos, en cajones, en gavetas y hasta en una especie de esportillas que tenía en su despacho, donde se amontonaban notas y cuartillas que fueron

En aquella época [...] tenía en verano una tertulia por la tarde, en el jardín; es decir, en el jardín que estaba entre la casa paterna de Menéndez Pelayo y el pabellón de la biblioteca. Cuando yo salía me veían y por fin, un día, se me acercó don Enrique y me dijo: «Óigame, ¿a usted le molestaría venir a merendar con nosotros? Está usted ahí trabajando todo el día y luego se va. Venga usted aquí; todos somos admiradores de Menéndez Pelayo, como usted, y creo que le agradará conocer a muchos de los que fueron fraternales amigos de mi hermano». Con ese motivo, a la salida de la biblioteca empecé a asistir a esa tertulia de don Enrique y allí conocí a muchos personajes: a [Luis de] Escalante, hijo del gran novelista [Amós de] Escalante, a quien estudió y elogió tanto don Marcelino; a miembros de la familia de Pereda, en fin, a los que constituían un grupo de gentes muy cultas: la derecha intelectual de Santander, que se refugiaban allí, como en un hogar, a la sombra de la biblioteca y de la casa de la familia Menéndez ⁵³.

En 1918 Alfonso Ortiz de la Torre opinaba que la biblioteca, de inminente inauguración, debía alentar diferentes actividades culturales:

Curioso estoy por saber si las obras de la Biblioteca avanzaron tanto como el empuje dado en Otoño nos prometía, pues recuerdo que Artigas llegaba a creer que, para estas o parecidas fechas, podría comenzar el traslado de libros. Y si ello fuere así, como deseamos, no habrá que olvidar nuestro proyecto de festejar su apertura con una serie de Conferencias literarias y especiales, que pudieran ser comienzo de algo más estable y de gran provecho para la cultura montañesa. Esto para que salga bien habría de prepararse con tiempo; y el tiempo vuela, aunque a veces creamos lo contrario ⁵⁴.

Más adelante escribió al respecto a Enrique:

Artigas me escribió noticias de las reuniones del Conventículo, que tanto añoro (*passez le mot*) y supongo ya está a estas fechas en la faena del traslado de libros desde la famosa cueva, donde bien será se ponga una lápida conmemorativa que recuerde que allí habitaron grandes almas y forjaron grandes empresas.

muy difíciles de poner en orden. Allí tuve yo la paciencia de clasificar todas las notas de la bibliografía hispano-latino clásica que había empezado a publicar en vida en la *Revista de Archivos*, llegando, por orden alfabético, sólo hasta Cicerón. Todo el resto estaba en estas esportillas y yo lo fui ordenando, ayudando a Artigas. Esto hacía que entrase en la biblioteca de Menéndez Pelayo durante el verano a las nueve de la mañana y saliese a las seis de la tarde, porque desayunaba fuerte y no almorzaba; luego, a la salida, merendaba o cenaba». La información que da Sainz Rodríguez puede ser matizada, ya que otros, antes que ellos, habían «manoseado» los papeles de Marcelino, o por lo menos parte de ellos.

⁵³ Pedro Sainz Rodríguez, 1978, pág. 164.

⁵⁴ EEMP, de Alfonso Ortiz de la Torre y Huidobro, Barcelona, 16 febrero 1918.

El 31 de agosto de 1918, al mediodía, se colocó la primera piedra del edificio de la biblioteca; asistieron el rey Alfonso XIII, el alcalde, el obispo, el marqués de Viana...⁵⁵. El *Boletín*, creación de la Sociedad de Menéndez Pelayo en el marco de la biblioteca de Marcelino, inició su andadura ese año y mereció los elogios, entre otros, de Ortiz de la Torre, que de nuevo escribió a Enrique:

Todo el *Boletín* me ha gustado muchísimo, y solo tiemblo de que pueda sostenerse a tal altura. Tipográficamente está también muy acertado. El gran Bonilla, que acaba de salir de esta casa hace diez minutos, me decía lo mismo, está muy entusiasmado de la obra y cree que la Sociedad de Menéndez Pelayo tendrá vida gloriosa ⁵⁶.

Recomendado por Ramón Menéndez Pidal, en julio de 1920 visitó la biblioteca Aurelio M. Espinosa, profesor de la Universidad de Stanford (California) y director de la revista *Hispania*, en su viaje por la provincia para recopilar cantos populares⁵⁷. Una de esas tardes de verano Enrique recitó en la biblioteca «Invocación a Fray Luis», en compañía de Miguel Artigas, Alberto López Argüello, Aurelio Espinosa, José María de Cossío y los Padres García Villada y Félix Olmedo⁵⁸. Artigas precisamente dejó preciosas páginas sobre los últimos años de Enrique, en los que gozó de su estima y su amistad, así como sobre este poema verdaderamente notable:

Poco pedía, con poco se contentaba el poeta; pero el hado adverso o la Providencia que distingue a sus escogidos, le sometió a pruebas muy duras; la más dura de todas fue sin duda apagar la luz de sus ojos. Ya no podía el poeta vagar solo por las montañas que habían repetido tantas veces el eco de su canto; ya no podía extasiarse ante el ocaso del sol en aquellos atardeceres melancólicos que arrancaron de su lira los más inspirados acordes, ni podía deleitarse en la lectura de los maestros. Ya no hay naturaleza exterior para el poeta; encerrado en sí, destila y purifica su lirismo, que llega en algunos momentos a las alturas sublimes de la Mística. En esa «Invocación a Fray Luis», una de las últimas composiciones de algún empeño, que salieron de su pluma, empezaba el poeta a descorrer el velo de su espíritu tan separado de la tierra, tan cerca ya del cielo. Su poesía tiene algo de oración ⁵⁹.

⁵⁵ *ABC*, 31 agosto 1918, pág. 8.

⁵⁶ EEMP, de Alfonso Ortiz de la Torre y Huidobro, Madrid, 19 abril 1919.

⁵⁷ Mario Crespo López, 2010, pág. 147.

⁵⁸ ACT, Notas, Apuntes, Otros: «Cuaderno con versos inéditos de diversos autores y otros que por su carácter no parece probable que se publiquen»; el poema se publicó en *Voluntad*, XXIII, 15-X-1920. Vid. Mario Crespo López, 2010, pág. 191, n. 375.

⁵⁹ Miguel Artigas, «El canto del cisne», *El Diario Montañés*, agosto 1921.

Enrique iba con frecuencia a la biblioteca de su hermano a charlar con Miguel Artigas y cuantos por allí se acercaban, que escuchaban su conversación amena y sabia, habitualmente adornada con chispas de ingenio y buen humor. Allí continuaba el llamado «conventículo» que dejaría honda huella en sus partícipes⁶⁰, una tertulia heterogénea de quienes habían conocido a Marcelino o sentían admiración por él. Acaso los socios más jóvenes del Ateneo eran los que más disfrutaban de la palabra, cuando ocasionalmente se acercaba por la tarde al salón de juego, primero en la calle Lepanto o luego en la sede de la calle San José, hasta que a finales de julio de 1921 se agravó fatalmente su estado de salud. Desde 1916 un joven poeta frecuentaba la biblioteca y acudía a preguntar a Enrique, a escuchar su palabra y consejo y a leerle sus poemas primerizos: se llamaba Gerardo Diego⁶¹. El entorno de la biblioteca había facilitado un encuentro generacional, humanístico, poético, que aún no se ha valorado en toda su intensidad.

Bibliografía

Monografías

- CRESPO LÓPEZ, Mario, *José María de Cossío. Vida hasta la Guerra Civil (1892-1939)*, Santander, Icom Global, S.L., con la colaboración de la Consejería de Cultura, Turismo y Deporte del Gobierno de Cantabria, 2010, págs. 13-109.
- DIEGO, Gerardo, *Autobiografía*, edición y prólogo de Marino Gómez-Santos, *Cuaderno adrede*, 5 (diciembre 2008), cuaderno y CD audio.
- MENÉNDEZ PELAYO, Enrique, *Memorias de uno a quien no sucedió nada* (1ª ed., Santander, 1922), introducción de Benito Madariaga de la Campa, Santander, Ediciones de Librería Estvdio (colección Cabo Menor, 8), 1983.
- SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta (Espejo de España), 1978.

⁶⁰ EEMP, de Miguel Artigas, Calahorra (La Rioja), 19 abril 1921.

⁶¹ Gerardo Diego, 2008, cuaderno y CD audio, sobre todo la primera parte; en la pág. 19, «Se estaba construyendo la nueva Biblioteca Menéndez Pelayo, con ese motivo iba allí todos los días a pasar un rato. Nombraron bibliotecario a Artigas, que era un hombre de una bondad extraordinaria y una capacidad de organización muy grande, y allí con Artigas y con Enrique Menéndez, el estudiante, el futuro licenciado en Letras, que era yo, y luego ya el licenciado en Letras, pues tuve largas conversaciones. Y uno de los primeros en conocer versos míos fue Enrique Menéndez» (transcripción corregida sobre la propuesta en el citado cuaderno). Ya citado en Mario Crespo López, 2010, pág. 192, n.376.

SÁNCHEZ REYES, Enrique, *Historia compendiada de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, Separata del vol. I. de «Catálogos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo», Santander, 1957.

Epistolarios

Cartas de los albaceas de Marcelino Menéndez Pelayo dirigidas a su hermano Enrique, edición de Rosa Fernández Lera y Andrés del Rey Sayagués, Santander, Biblioteca de Menéndez Pelayo, 2006.

CARMELO DE ECHEGARAY, *Cartas a D. Serapio Múgica (1899-1925)*, transcripción por José Tellechea Jorajuría, revisión, prólogo e índices por J. Ignacio Tellechea Idígoras, San Sebastián, Grupo Doctor Camino, 1987.

Epistolario de Enrique Menéndez Pelayo, edición de Rosa Fernández Lera y Andrés del Rey Sayagués, Santander, Biblioteca de Menéndez Pelayo [en prensa]

Epistolario de Menéndez Pelayo, edición al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo, Madrid, Fundación Universitaria Española, 23 vols., 1982-1991.